

## Presentación

**LUCIANO ALONSO**

Universidad Nacional del Litoral  
lpjalonso8@gmail.com



En ocasiones, conviene preguntarse si aquello que nos convoca tiene una existencia material –que no de cosa, pero sí del orden de lo realmente existente–. La expresión “teoría de la historia” carga con la ambigüedad del término, ya que como muy frecuentemente se observa “historia” refiere a un objeto de estudio, al contenido del pasado, a una materia dada, y al mismo tiempo a su conocimiento, a una disciplina científica, a una forma de producción de saberes. En el segundo sentido, la noción de “teoría de la historiografía” impone una mayor claridad y no se carece de textos que ofrezcan visiones más comprehensivas o más fragmentarias bajo ese título o el anterior. Pero como es conocido las agendas que se entiende propias de los dominios de la investigación histórica han ido cambiando en las sociedades occidentales y revisándose en las últimas décadas en los espacios no europeizados. Entonces, ¿qué supone hoy hablar de la teoría de la historiografía?

Obviamente, cualquier reflexión sobre el estatuto epistemológico, los encuadres teórico-metodológicos o las opciones procedimentales y conceptuales relativa a la disciplina histórica entraría dentro de ese continente tan vasto y poco definido. Pero también es correcto preguntarse qué tendrían de específicas las preocupaciones teóricas respecto de la historia entendida como producción académica, respecto de todas aquellas otras propias del amplio campo de las ciencias humanas y sociales. En su momento, consciente de las múltiples superposiciones entre esos dominios académicos, Julio Aróstegui intentó distinguir entre una teoría de lo social y una teoría de lo histórico (Aróstegui, 2001: cap. 4). Como lo planteó, las tensiones inherentes a la explicación histórica, como ser las opciones entre objetivismo y subjetivismo, estructura y agencia o individualismo y holismo, atraviesan las propuestas de las demás disciplinas. Problemas como las categorías esenciales del análisis social como ser reproducción, conflicto, cambio, etnia, género y clase; la cuestión de la identificación de la acción y la estructura, su dialéctica y la postulación de sus sentidos; la relación entre lo individual y lo colectivo, entre lo ideal / cultural y lo material / social o entre lo humano y lo no humano; la definición de la experiencia



## Presentación

---

y de la existencia real y virtual de los agentes, actores o sujetos, son coextensivos a muchas otras ciencias y entran en rigor en el plano más abarcador de la teoría social. Así, cuando un historiador como William Sewell Jr. se manifiesta preocupado por la definición de la estructura debe debatir con los planteos de sociólogos como Anthony Giddens y Pierre Bourdieu –y podría haberlo hecho con Margaret Archer, quien discutió su conceptualización– y al tratar sobre la cultura o los acontecimientos debe tener en cuenta los trabajos de antropólogos como Clifford Geertz y Marshall Sahlins (Sewell, 2005; Archer, 2014). En esa senda de diálogos y en fuerte vínculo con la reflexión sociológica, incluso, han primado en los últimos tiempos las soluciones sintéticas como las aportadas por las teorías de la estructuración.

La época de los “giros” de la historiografía, inaugurada por el giro lingüístico y el cultural hacia los años de 1970-1980 –si bien clivajes anteriores habrían merecido igualmente tal nombre–, ha puesto repetidamente en cuestión el modo de construcción de los objetos de investigación y los sustentos teóricos de esos virajes en estrecho vínculo con teorías producidas en otros lugares disciplinares. Los giros narrativo, crítico, pragmático, micrológico, ambiental, material, afectivo y varios otros que han sido propuestos, en ocasiones simplemente racionalizando y puliendo prácticas ya existentes, se han formulado bajo el impacto de las agendas de la reflexión teórica de las ciencias humanas y sociales. A su vez, la interdisciplinariedad y la formación de especialidades que son abordadas con los insumos provenientes de distintas tradiciones abonaron un “giro historiográfico” en disciplinas como la sociología, la economía y el derecho, que facilitaron indagaciones sobre el carácter compartido o específico del saber histórico. Podría decirse entonces que aspectos sustantivos del debate sobre los enfoques y conceptos de la producción historiográfica se juegan en el amplio campo de la teoría social y que, en todo caso, corresponde a una teoría de la historiografía posicionarse respecto de ellos, en vínculo con los desarrollos de la disciplina respecto de las formas de producción de conocimiento sobre el pasado.

Sin embargo, hay algunas temáticas que podrían entenderse como específicamente históricas, en el sentido de propias de las preocupaciones de la disciplina, o que se presentan con acusado y especial interés en las disputas historiográficas. No hay dudas incluso de que algunas visiones generales sobre los aspectos epistemológicos, científicos y escriturales de la historia en tanto modo de conocimiento guardan particular autoridad pese al paso de los años. Repasar aportes como los de Agnes Heller (1993) o Sigfried Kracauer (2010) puede resultar un ejercicio imprescindible, pues la actualidad de un pensamiento no se mide por el año de la edición original sino por la capacidad para movilizar reflexiones en el presente. Y aunque tratar de enunciar una “agenda” para una teoría de la historiografía al día de hoy sea imposible, es sí factible repasar algunos de los grandes ejes del debate en torno a las dimensiones teóricas.

**anuario.**



Sigue siendo un problema frecuentemente visitado el que alude a las formas de la verdad y de la verosimilitud en la historiografía, con mojonos de importancia en lo que hace a la cuestión de la convalidación argumentativa, al carácter de los hechos del pasado, al sentido de lo acontecido y al acceso a los estados subjetivos pretéritos. Ha quedado atrás ya el período del desafío posmoderno y el de una declamada “crisis de la historia”, aunque como lo demostrara Gerárd Noiriel hubo desde muy tempranamente trances similares y podrían identificarse varias en paralelo de diversa entidad (Noiriel, 1997), con lo que en definitiva parece ser que ciertas tensiones son consustanciales al modo de existencia de la disciplina y que quizás las agendas no varíen tanto, sino más bien los énfasis y estilos. La historiografía no abandonó su carácter de discurso con pretensión de verdad y buscó articular más claramente la inferencia empírica propia de los modelos tradicionales con la inferencia lógica, la morfología, la especulación controlada y la simple y llana admisión de la incertidumbre o la duda. En palabras de Georg Iggers,

*Si bien la fe en el pensamiento histórico, ya sea en el sentido rankeano o del positivismo científico social, ha sufrido un fuerte remezón, ha sido modificada antes que repudiada. Los historiadores todavía proceden bajo el supuesto de que estudian un pasado real, aun cuando entiendan lo complicado que resulta reconstruirlo. (...) Las complejidades de la investigación histórica, ya ampliamente reconocidas, han conducido a un aumento y a una mayor diversidad de interpretaciones; también al reconocimiento de que en la historia no hay respuestas finales sino un diálogo continuo. Tal reconocimiento no significa que estas interpretaciones sean meros productos de la imaginación, por más que la imaginación sea parte del proceso de interpretación. (...) Por supuesto, no hay interpretación que sea completamente libre de aspectos ideológicos, pero todas ellas están sujetas a una lógica de indagación que requiere de honestidad intelectual (Iggers, 2012: 260-261).*

Otra cuestión de fuerte presencia en la teoría de la historiografía es la de la temporalidad, asociada a las de la permanencia o duración y la del cambio o transformación. La acumulación, ritmo, niveles o dimensiones, singularidad o repetibilidad, irreversibilidad y reversibilidad del tiempo histórico son algunos de los aspectos que merecen atención. Nociones como la de “estratos del tiempo” (Koselleck, 2001) o la de “régimenes de historicidad” (Hartog, 2010) vienen marcando los debates de las últimas décadas, atravesados también por renovados acercamientos a las elaboraciones inspiradas por Walter Benjamin o Jacques Derrida. Tal vez dentro de este campo destaquen las numerosas reflexiones sobre el acontecimiento, cuyo pendant está dado por la posibilidad de definición de una época y por tanto de enunciados totalizadores que la caractericen a partir de un fenómeno o conjunto de fenómenos.

Íntimamente vinculado con esos temas está el problema del manejo de la temporalidad en el discurso historiográfico, que se empalma asimismo con la forma narrativa. Aunque hay diferencias sustanciales entre modos analíticos o



## Presentación

---

interpretativos del discurso historiográfico, ya carece de mayor sentido la distinción tajante entre explicación y comprensión, admitiéndose generalmente que toda historiografía supone algún tipo de narración –de hecho, es curioso que hace unas décadas se haya proclamado su retorno cuando nunca se había ido– si bien hay notables discrepancias respecto de las peculiaridades del relato. Quizás uno de los frentes abiertos sobre las narraciones históricas es el que hace a la articulación de las escalas micro y macro, con la tensión entre microhistoria e historia global (Levi, 2018). Esos debates se relacionan con cuestiones más amplias de la teoría social, como la distinción entre lo general y el caso puntual, el particularismo y el universalismo, la excepcionalidad y la norma. Pero en la historia esas tensiones aparecen muy vinculadas con el problema de la verdad y del acceso a lo real, en el seno de la tendencia a los “giros”. Probablemente sea en el problema de la reconstrucción verosímil del pasado donde se juegue la mayor o menor potencialidad de enfoques que enfatizan ora las redes, ora la superposición de dimensiones y escalas de análisis o incluso la misma noción de sistema. En ese sentido la postulación de historias como la general, la comparada, la interconectada y la global fueron hitos con amplios antecedentes y con relaciones con otras disciplinas, como la geografía crítica o la sociología histórica, que en ocasiones trataron de superar la reducción a lo micro y a la hiperespecialización de los estudios históricos (Conrad, 2017; Osterhammel, 2015).

En los últimos tiempos también se ha hecho foco en los problemas de la escritura de la historia en sentido estricto, incluyendo no solo los problemas de la inferencia, la demostración del método y la secuencia argumentativa sino también los recursos retóricos, la voz de quien narra y las voces del pasado, el uso del potencial en el reconocimiento de la incertidumbre y otros muchos tópicos. Le asiste razón a Carlo Ginzburg cuando plantea que la cuestión de la escritura es solo una más de las facetas que hacen al “taller del historiador” y que los problemas de método deberían estar en el centro de la reflexión historiográfica (Ginzburg, 2018). Pero también es correcto que la dimensión escritural adquiere una envergadura propiamente epistemológica y que la superación de la homologación de la historia con la literatura ha permitido apreciar mejor los aspectos literarios del discurso historiográfico. La proposición de un esclarecimiento de esos aspectos y de su articulación con las operaciones disciplinares ha tenido un nuevo marco de debates con la obra de Ivan Jablonka (2016), una de cuyas derivas ha sido una meditada reflexión sobre la voz del autor o autora (Traverso, 2022).

Por fin, en este ligero repaso hay que destacar toda una dimensión de problemas abierta con el “giro memorial” en la relación entre historia y memoria y –como un debate vinculado pero parcialmente independiente– entre historia y política. Pasado el momento de una gran productividad respecto de los marcos teóricos para el abordaje de las memorias entre fines del siglo XX e inicios del XXI, han quedado como cuestiones firmemente asentadas las reflexiones sobre la relación dialéctica entre

**anuario.**



memoria e historia, la historización de los procesos traumáticos y el vínculo entre memoria, olvido e “historia pública”. Al fin y al cabo, parece que Halbwachs llevaba razón en la idea según la cual la historiografía podía tener algún papel en la construcción de memorias sociales, en una “memoria histórica” que no era un oxímoron (Halbwachs, 2004).

Sin duda hay muchos más problemas o cuestiones de las cuales la teoría de la historiografía podría encargarse. En este dossier, optamos por tomar algunas de las dimensiones en debate que nos parecen pertinentes y que se encuentran de una u otra manera vinculadas a los comentarios anteriores.

En su artículo “La voz del historiador. El ‘yo’ en las estrategias narrativas de los relatos historiográficos (1980-2023)”, Jorge Marco se propone analizar el “giro autobiográfico” de las últimas décadas. Registrando los fuertes debates que se produjeron en torno a la puesta en entredicho de las estrategias narrativas que difuminaban la presencia del autor o autora, dotando a la obra de una ilusión científicista, repasa tendencias como la autobiografía, la ego-historia, las “ventanas autobiográficas y familiares” y los “diarios de campo etnográfico”. En todas ellas aparece la cuestión de la implicación de quien escribe, lo que ha llevado a la imputación de una suerte de “escritura subjetivista”. Jorge pone en dudas ese diagnóstico e intenta una evaluación ponderada de las potencialidades y limitaciones de esos modos escriturales, abogando finalmente por nuevas formas de expresión que convoquen a un público ajeno a la academia.

Incluimos luego de Paula Godinho el texto “Tiempo y futuro. Ensayo sobre prácticas posibles: escapismo, luchas inmediatas y acción colectiva”. Allí, Paula se preocupa por el modo en el cual sujetos históricos concretos han desarrollado prácticas que enlazan la vida cotidiana con las expectativas de futuro. Revisa a ese propósito tres vías de dar forma a la experiencia que permiten organizar la vida y lidiar con el tiempo: el escapismo, las resistencias cotidianas o “luchas inmediatas” y el entusiasmo revolucionario. Su reflexión entrelaza las temporalidades experimentadas y las historizadas, tratando de apreciar las implicaciones de las relaciones con el pasado y con el futuro. Su trabajo supone la consideración de lo que todavía no es, de los procesos paralelos, de lo que lo que existe y lo que puede existir, poniendo en cuestión la consideración lineal de la temporalidad.

“Hacia una historia crítica. Notas en torno a las tesis de Walter Benjamin”, de Roberto Pittaluga, se detiene en la séptima tesis sobre el concepto de historia del autor alemán y en particular en la idea de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”. Aborda en detalle las implicancias epistemológicas y políticas de esa tesis, alejándose de la idea según la cual haría referencia simplemente a un cambio especular en el signo valorativo de los acontecimientos o personajes. Repasa entonces las dimensiones que abre el texto benjaminiano en términos de revisión de la escritura y la lectura de la



## Presentación

---

historia, de la postulación de un régimen temporal sustentado en la discontinuidad y el salto, y de la dilucidación del sujeto de la historia. En orden a este último aspecto, preguntarse por lo que supone “cepillar” la historia a contrapelo implica también abrir el debate hacia las formas de vínculo entre quienes la hacen, la escriben y la leen, en función de una práctica emancipatoria.

El dossier se cierra con un artículo suscripto por mí mismo, titulado “La noción de ‘teatro’ en el discurso historiográfico”. Intento allí bucear en los modos en los cuales un cierto enfoque teatral puede ser de utilidad, sea como herramienta analítica, sea como recurso escritural. Recuperando los modos en los cuales dos tradiciones diversas aplicaron de diversa manera instrumentos propios del género dramático –la teoría crítica de Marx y Benjamin por un lado y la historia social y la sociología histórica anglosajonas por el otro, con ejemplos como los de Tilly, Steinberg, Thompson, Zemon Davis y Samuel–, propongo ir más allá del uso metafórico y propender a un aprovechamiento de esos insumos en la construcción de explicaciones narrativas y en la renovación de escritura de la historia.

Esperamos que estas breves exploraciones en el amplio continente de la teoría de la historiografía sean admisibles como muestras de los problemas que siguen atravesando a la disciplina. Sin dudas de estas páginas no se extraerán recetas o modelos, sino que con suerte pueden ser apenas un acicate para la profundización de la reflexión y los debates. Frente al riesgo de que la historiografía se cierre en su modalidad academicista y en la comodidad de las convenciones, aspiramos simplemente a colaborar en la inevitable y constante transformación de las prácticas. Porque la disciplina histórica, como lo recuerda LaCapra (2006), está ella misma siempre en tránsito, como experiencia humana de la que intenta dar cuenta.

## Bibliografía

Archer, Margaret S. (2014). *Teoría social realista. El enfoque morfogénico*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.

Aróstegui, Julio (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.

Conrad, Sebastian (2017). *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*. Barcelona: Planeta.

Ginzburg, Carlo (2018). *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*. Rosario: Prohistoria / Contrahistorias.

anuario.



Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Hartog, François (2010). “Sobre la noción de régimen de historicidad. Entrevista con François Hartog”. En Delacroix, Christian; Dosse, François y García, Patrick. *Historicidades*. Buenos Aires: Waldhuter.

Heller, Agnes (1993). *Teoría de la historia*. México: Fontamara.

Iggers, Georg G. (2012). *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Jablonka, Ivan (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Koselleck, Reinhart (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.

Kracauer, Siegfried (2010). *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*. Buenos Aires: Las Cuarenta.

LaCapra, Dominick (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Levi, Giovanni (2018). “Microhistoria e Historia Global”. En *Historia Crítica* N° 69.

Noiriel, Gérard (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra.

Osterhammel, Jürgen (2015). *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*. Barcelona: Crítica.

Sewell Jr., William H. (2005). *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

Traverso, Enzo (2022). *Pasados singulares. El “yo” en la escritura de la Historia*. Madrid: Alianza.